

MAMEN SÁNCHEZ

*La hora de las
mujeres sin reloj*



MAMEN SÁNCHEZ

LA HORA DE LAS MUJERES SIN RELOJ



ESPASA  NARRATIVA

© María del Carmen Sánchez Pérez, 2018

© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de cubierta: © Cover Kitchen

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.659-2018

ISBN: 978-84-670-5111-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

Alicia era dulce como las uvas pasas. Estela estaba recubierta de la piel amarga de las nueces verdes. Ambas habían nacido en aquella casa, con un intervalo de doce meses justos entre la una y la otra. Bendita madre la suya, que no tuvo tiempo ni para respirar entre embarazo y embarazo. Contaba que nada más parir a Estela, en cuanto la niña dio su primer alarido a la vida, apareció Alicia en pañales, gateando como un animalillo asustado, y después de un redoble de tambor (imaginario), se agarró al borde de la cama y se puso en pie. Dio tres pasos de equilibrista, balanceándose con los puñitos cerrados, hacia la cabecera, y en sus ojos había un no sé qué de curiosidad, una interrogación que se le quedó alojada entre ceja y ceja desde aquel día, y que salía a la superficie cada vez que miraba a su hermana.

La Alicia del presente podía imaginarse aquella escena con perfecta nitidez, ya que el decorado seguía siendo idéntico, ochenta y dos años después. La sierra de fondo y el pueblo que no había pasado de los quince mil habitantes de siempre. El mismo caserón decimonónico rodeado por un muro de piedra cubierto de hiedra; con rotonda y mirador, torreón, cochera, fuente de azulejos, frontón destartalado y jardín exuberante de lilas y rosales. Y el árbol de tronco vacío en el que Tony juraba que

vivía un duende, porque algunas veces había encontrado pruebas fehacientes de su existencia. «Fehacientes», decía, y se le escapaba el aire entre los dientes al pronunciar la ce.

Tony Cienfuegos vivía dos casas más abajo. En aquella época era un niño rubio, bajito y dramático. Esa y muchas otras palabras difíciles las había aprendido durante los largos encierros a los que le sometía su madre con la única compañía de los libros que adornaban su cuarto. Habían pertenecido a su padrastro, Reinaldo Cienfuegos, que los había dejado atrás en su huida, abandonándolos allí igual que a él y a su madre. Ellos se habían quedado con el apellido. Esa había sido su venganza.

La cama en la que ahora dormía Estela era la misma en la que nacieron las dos. La puerta se abría con el mismo quejido de bisagras viejas y el suelo crujía en los mismos lugares que entonces. Los pasos de Alicia volvían a ser vacilantes y el equilibrio, precario. Conteniendo la respiración, como en un número circense, sostenía la bandeja del desayuno: café con leche, galletas, pan tostado y mermelada.

Igual que aquella primera mañana, se acercó al cabecero para observar a la niña, ya convertida en una mujer mayor, con su pelo corto, blanco, revuelto, sus ojillos de comadreja y sus orejas enormes. Nunca había sido guapa; era incomprensible la fascinación que despertaba.

Como de costumbre, descansaba plácidamente. Todos sus fantasmas emigrados al castillo de irás y no volverás. Qué profundidad de sueño, qué envidia más grande. Si no fuera por Alicia y su biorritmo madrugador, Estela era muy capaz de pasarse la mañana metida en la cama.

—Buenos días, dormilona —canturreó mientras dejaba la bandeja en la mesa camilla y abría las contraventanas de madera al sol de mayo.

Estela respondió con un gruñido perezoso. Un rayo de luz atravesó el cristal y fue a estrellarse contra las gafas de ver. Estaban tiradas de cualquier manera, en el suelo, junto al libro abierto que probablemente se le había caído de las manos la noche anterior, al quedarse dormida.

Alicia se agachó, lo reconoció enseguida: *La casa de ladrillos rojos*, de Tony Cienfuegos.

—Tenemos nueva vecina —dijo—. Parece simpática.

Disimuladamente, con el pie, empujó el libro bajo la cama. Ya lo recogería luego y lo colocaría en su sitio, en la biblioteca, junto al resto de volúmenes envejecidos que su hermana amontonaba de cualquier manera; que trepaban por las paredes y brotaban bajo los muebles, como plantas tomateras en una huerta abandonada.

—Se llama Maya. Debe de andar por los treinta. Ha alquilado la casa de las monjas.

Alicia había empezado a untar mantequilla en el pan. Esa era la costumbre. Se sentaba a la mesa, servía el café, preparaba las tostadas, parloteaba. Y mientras, a Estela le iba poco a poco regresando el calor al cuerpo.

—¿La de las monjas? —Su voz sonó algo pastosa, efectos secundarios del *gin-tonic* de la noche anterior.

Se habían acostado tarde porque las socias del club de las cartas eran tan noctámbulas como madrugadoras. Insomnes, vaya. A partir de los setenta ninguna pegaba ojo. Se reunían una o dos veces por semana, siempre en la casa de las hermanas —así las habían bautizado—, para jugar al mus o al póker, beber y fumar como tahúres, contar historias escandalosas y escuchar boleros.

Habían dejado el salón hecho una pena. Los ceniceros desbordados y los vasos sucios. A primera hora de la mañana, Alicia había hecho limpieza. Cuando Estela se dignara a bajar, encontraría la casa recogida y, aunque probablemente no valorara su esfuerzo, y ni siquiera se percatara de que «por arte de magia» cada cosa había vuelto a su sitio, a ella le bastaba con la satisfacción del deber cumplido, porque sabía que el orden era fundamental para apaciguar el temperamento de su hermana y esa misión, la de procurarle la calma que necesitaba, era su principal razón de ser.

Había sido entonces, nada más dar por terminada su tarea, al salir a por la bolsa del pan que el repartidor dejaba colgada de la puerta de la finca, cuando se había topado con la chica. Llevaba puesto uno de esos pantalones de licra que se usan para correr y una camiseta deslumbrante de un color indefinido, entre el verde y el amarillo. La había saludado desde lejos, con un leve movimiento de la cabeza, y ella se había detenido, muy educada, se había sacado de la oreja derecha un aparato como de sordos, que había dejado colgando de un cable blanco, y se había acercado a darle los buenos días con una sonrisa muy ancha y muy sincera.

—Eso me ha contado. Que ha alquilado la casa de las monjas. Así, sin más. —Alicia suspiró—. No quiero ni pensar en qué estado se la habrá encontrado. Pobre chica. Como ahora todo lo hacen por internet, pues luego vienen los disgustos.

Estela se incorporó a medias; colocó dos mullidos cojines contra el cabecero de caoba y después se desplomó con un suspiro de placer. Había amanecido con sol. En su habitación flotaba un suave olor a lilas, procedente del ramo que la tarde anterior su hermana había arre-

glado con mimo, escogiendo las flores más abiertas, las más perfumadas de entre las miles que crecían salvajes en la parte sombreada del jardín, junto al frontón. La había observado desde el mirador, mientras leía la última novela que su editora, qué atenta, le había enviado dentro de un paquete envuelto en papel de estaño, con su letra inconfundible y la palabra «libros» escrita en mayúsculas bajo la dirección postal de su casa.

Las de ahora eran básicamente novelas sencillas, sin demasiada ambición literaria, obra, casi siempre, de algún rostro conocido de la televisión. Periodistas, tertulianos, hijos o nietos de alguna vieja gloria de la música o del deporte, que esperaban captar la atención del gran público más por la popularidad de su apellido que por su amor a la escritura. Algunas veces —excepcionalmente—, se topaba con alguna novedad simpática que le devolvía el gusto por la lectura frívola. Pero, por regla general, abandonaba las historias a medias; en cuanto la protagonista se colocaba frente al espejo y hacía recuento de su vida. (Esa escena se repetía invariablemente en toda novela moderna que se preciara).

La que tenía entre manos aquella mañana trataba del romance imposible entre un chico de barrio y una niña bien que, en contra del consejo de sus padres, decidía escaparse de casa para ir a vivir aventuras con él. El autor, hijo de uno de los más famosos artistas plásticos del siglo XX, mantenía que se trataba de una idea original que nada tenía que ver con la verdadera historia de amor de sus padres, fruto de la cual había nacido él, en una pequeña isla del Mediterráneo. Pero lo cierto era que en la página ochenta los protagonistas, perseguidos por varios hombres contratados por el padre de ella para darles caza, acababan de subirse a un carguero

rumbo a las Baleares y se habían escondido en un contenedor que transportaba almohadones. La escena que describía era muy sugerente, con todas esas plumas revoloteando a su alrededor mientras hacían el amor por primera vez. «No es talento lo que les falta a los autores de ahora, sino imaginación», se repetía. *Las plumas voladoras* era uno de los cuadros más famosos del cotizado pintor.

Estela había levantado la vista del libro al escuchar los pasos de Alicia por el jardín y la había visto bajar silbando, culona como había sido siempre, con el cesto y las tijeras de podar, el recogido gris que solía hacerse en el pelo y la sonrisa soñadora, camino del macizo de las lilas. Parecía una abeja acumulando polen para fabricar miel. Así de dulce era su hermana mayor. Así de hacendosa.

—Le he contado que en esa casa vino al mundo papá —estaba diciendo ahora, entre sorbo y sorbo de café con leche—. Cuando los abuelos eran propietarios de medio pueblo y el apellido Valiente era uno de los más ilustres del lugar.

—¡Cómo te gusta presumir!

—Entonces me ha preguntado si somos familia de Estela Valiente —continuó, haciendo como si no la hubiera oído—. Dice que eres toda una celebridad, que tu libro era de lectura obligatoria en su colegio. Luego se ha quedado pensativa y me ha preguntado si aún sigues viva.

Alicia se echó a reír con picardía. Algunas veces le gustaba hacerle cosquillas en el ego a su hermana.

—Creo que puedes decirle que sí, sin temor a equivocarte.

—Ya. Le he respondido que anoche, cuando te acostaste, seguías vivita y coleando, pero que no podía asegurarle nada hasta que subiera a despertarte hoy.

Estela fingió una sonrisa cómplice, pero sintió un pelizco en el corazón. Una cosa era apartarse voluntariamente de los reflectores y otra muy distinta que tus lectores pensarán que estabas muerta.

Cincuenta años atrás le hubiera dado lo mismo. Es más, hubiera deseado que todo el mundo creyera que había fallecido, preferiblemente víctima de algún acontecimiento trágico. Así se lo confesó a Alicia entonces, cuando vino a refugiarse en sus brazos, bañada en lágrimas, en medio de una crisis de identidad, con un cuadro grave de ansiedad y calvas en el pelo.

Los primeros años tras la publicación y el fulgurante éxito de *De puertas adentro*, y sobre todo después del premio, fueron terribles; el pueblo se convirtió en lugar de peregrinación para sus admiradores, las cartas se amontonaban en el buzón y el teléfono no paraba de sonar. Continuamente recibía invitaciones para participar en seminarios y para dar conferencias. Varias universidades europeas y americanas quisieron nombrarla doctora *honoris causa* y hasta llegaron a enviarle las preseas por correo. Bastaba con que las aceptara, ni siquiera era necesario que fuera a recogerlas, le rogaban. Los periodistas hacían guardia en la puerta, la casa estaba sitiada y un murmullo constante de voces altisonantes convertía cada día en un infierno.

Después, poco a poco, el acoso fue perdiendo intensidad. Pasaron los años, envejecieron los críticos, se jubilaron, y la suya pasó a ser una figura mítica, legendaria. Se publicaron dos biografías no autorizadas, que sólo contaban patrañas. Nadie las tomó en consideración. Su apartada existencia continuó alimentando el misterio y las únicas pistas ciertas sobre su persona siguieron siendo las anecdóticas vivencias de su infancia que retrataba en la novela.

«¿Qué se siente siendo la única mujer española ganadora del Nobel de literatura? —le preguntaban. Y ella no sabía qué contestar—. ¿Está trabajando ya en un nuevo libro?».

Claro que sí. Pero no le bastaba con igualarse; sentía la necesidad de desafiarse, crecer, asombrar, y pronto comenzaron los problemas. Llamaba a su editora con la misma angustia e intensidad enfermiza con la que otros asedian al terapeuta. Ella la visitaba a menudo, trataba de animarla, tranquilizarla, explicarle que no se escribe un clásico de la literatura universal así, como si tal cosa. Que ella ya había dotado de uno al mundo y que con eso era suficiente. El reconocimiento era unánime, el agradecimiento también. Nadie esperaba que su siguiente creación superara a la primera. ¿Por qué no probaba con otro género: tal vez el ensayo o la novela de no ficción, como había hecho, con tanto éxito, su amigo Cienfuegos? Pero ella le respondía resignada, con una frase acuñada por su hermana Alicia: «Cuando un escalador alcanza la cumbre, sólo le queda un camino si quiere seguir avanzando».

Y el libro soñado no llegó. Al final reconoció que sin un padre no se puede concebir una criatura y lloró la pérdida de su «otra mitad», aquel tormento de Tony Cienfuegos con quien había engendrado su primer y único vástago.

Cuarenta años atrás había abandonado definitivamente la idea de volver a publicar. Desde entonces se dedicaba a leer compulsivamente, glotonamente, instigada por una especie de trastorno alimentario; una bulimia nerviosa que le provocaba empachos y vómitos; dependencias y obsesiones.

A tientas, buscó la cajetilla de tabaco entre las sábanas. La encontró un poco aplastada por el peso de su

propio cuerpo, a medio camino entre la almohada y el rebozo de la colcha. Sacó un cigarrillo maltrecho, lo encendió con una cerilla que, al prender con un chasquido delator, llamó la atención de Alicia.

—¡Qué vicio el tuyo, hija! —le recriminó—. Todavía no te has tomado el café y ya estás fumando. —Frunció los labios, sacudió un par de veces la cabeza—. Anda, pásamelo.

Estela alargó la mano, expulsó el humo por la nariz y se retorció de gusto. Alicia le arrebató el cigarro, se lo llevó a los labios, inspiró con fuerza. Qué rico.

—¿Te acuerdas de Tony, de su boquilla larga a lo Audrey Hepburn?

—Nunca vi cosa más femenina que Tony fumando —se rio Alicia—. Con esos dedos diminutos y esa boquita de piñón. Y esa manera suya de chupar, tan obscena. ¡Qué escándalo!

—Por eso lo hacía, a ver qué te crees. Para alborotar el gallinero —recordó Estela con una sonrisa—. Le encantaba llamar la atención.

Cerró los ojos, envió el pensamiento a aquel rincón del jardín en el que todavía vivía Tony y lo recordó a los quince años, barbilampiño, aniñado, guapo a rabiar, pero tan afectado que más parecía una jovencita disfrazada de dandi que un adolescente a punto de dar el estirón.

—Un ángel —se le escapó.

—¡Un demonio! —replicó Alicia, escaldada—. Él te metió este vicio del tabaco en el cuerpo. Y todos los demás vicios.

Pero Estela ya no escuchaba a su hermana. Saboreaba el cigarrillo con glotonería, lo disfrutaba. Calada a calada

notaba cómo su cuerpo se relajaba, cómo se caldeaba por dentro. Y le agradecía a Tony haber sido el artífice de ese y muchos otros placeres inconfesables.

Era su voz la que la empujaba a transgredir todas las normas. Las del decoro, las de la corrección. Para contrarrestar la petulancia de Tony al hablar había aprendido ella todas las groserías del diccionario; para hacer frente a su fragilidad física, se había peleado con todos los gamberros del pueblo y para compensar aquel empeño suyo de ir siempre hecho un pincel, se había cortado el pelo a trasquilones y se había aficionado a vestir pantalones raídos y camisas de leñador. Era su contrapunto.

Por él escupía y maldecía, trepaba a los árboles, rompía platos. Por él había crecido de espaldas a las convenciones y no había encajado en ninguna parte. Ni amigas, ni novios, ni aficiones.

Su paso por la universidad había sido tan fugaz como una ráfaga de aire frío. Seguramente ninguno de sus compañeros de clase le había dedicado un solo pensamiento hasta que ganó el premio y su nombre se volvió patrimonio de la humanidad. Entonces sí, todos dijeron que la conocían bien. Que esto y lo otro. Que un fenómeno, un prodigio.

Ya no era extravagante sino original. Y las historias sobre sus rarezas circularon por las redacciones de los periódicos; las inundaron: «Pasaba horas en la biblioteca, pero la acabaron expulsando por quemar un libro y fumárselo. ¿Qué libro? *La guía de la buena esposa*, creo». «Al baile de graduación vino disfrazada de aviador». «Escribía en el periódico universitario. Todas recordamos aquel artículo sobre el amor libre. Sostenía que no hay mayor libertad que la de amarse a una misma, usted ya me entiende...».

Todo por Tony. Por el placer de contárselo y escandalizarlo, y escuchar el sonido de su risa.

Años después, en Madrid, solían acudir a un local al que Tony llamaba «el campo de batalla», porque entre sus filas hallaba siempre enemigos a su altura. Rompecorazones forzudos y con barba, que abusaban de él y lo abandonaban maltrecho, en la misma mesa donde lo encontraron. Tony pedía daiquiri; Estela, ginebra.

Él fue quien le contagió el virus de la escritura, a los siete años, inventando para ella historias perversas sobre los vecinos y redactándolas juntos, a la luz de las velas, en la soledad del torreón. Ya se veía venir entonces cómo acabarían ambos: ya fumaban y bebían, y todavía no habían hecho la primera comunión.

—Se te ha puesto otra vez cara de acelga. —Alicia la sacó de sus cavilaciones con un manotazo cariñoso. Sabía que si la dejaba seguir invocando al fantasma de Tony, se pondría mustia—. Anda, espabila. Te invito a tomar el vermú en el Miranda.

Se levantó, se sacudió las migas de la ropa y abrió la puerta-ventana. Salió a la terraza. Respiró profundamente.

—¡Estela! —gritó divertida—. ¡Ven a ver esto, corre! ¡La vecina está haciendo *topless* en el jardín de la casa de las monjas!